

1.ª edición: marzo de 2013

© Editorial Alfa, 2013

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Editorial Alfa

Apartado postal 50304, Caracas 1050, Venezuela
Telf.: [+58 212] 762.30.36 / Fax: [+58 212] 762.02.10
e-mail: contacto@editorial-alfa.com
www.editorial-alfa.com

ISBN: 978-980-354-345-7
Depósito legal: If5042013800262

Diseño de colección
Ulises Milla Lacurcia

Diagramación
Yessica L. Soto G.

Corrección
Magaly Pérez Campos

Fotografía de portada
Archivo El Nacional

Fotografía de solapa
Lisbeth Salas

Impresión
Editorial Melvin

Printed in Venezuela

ÁLBUM DE FAMILIA

*Conversaciones sobre nuestra
identidad cultural*

Michelle Roche Rodríguez

EL PAÍS COMO PROYECTO A LARGO PLAZO ANA TERESA TORRES

(...) los mitos son distintos de la historia; van por dentro de la gente como corrientes subterráneas. Cambiar de gobierno no es cambiar de mitos.

Ana Teresa Torres es psicóloga, narradora y ensayista. La primera profesión nutre a las otras dos en una simbiosis creativa que dota a sus escritos de profundidad analítica y les permite tocar las fibras íntimas de cada individuo o desenmarañar los nudos inconscientes de su comunidad.

Su primera novela, publicada en 1990, fue *El exilio del tiempo* y con ella ganó el Premio de Narrativa del Consejo Nacional de la Cultura y el Premio Municipal de Narrativa. El último galardón se le confirió de nuevo, casi una década después, por *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*. Cuando publicó *Doña Inés contra el olvido*, en 1992, ganó el Premio de Novela de la primera edición de la Bienal Mariano Picón Salas y el Premio Pegasus. Otras novelas de esta autora, quien también es miembro de la Academia Venezolana de la Lengua, son *El corazón del otro* (2005), *Nocturama* (2006) y *La fascinación de la víctima* (2008).

Entre sus ensayos destacan *A beneficio de inventario* (2000) y el estudio *El hilo de la voz. Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX* (2003), ambos libros de crítica literaria. Sin embargo, la obra en este género que más popularidad le ha granjeado, debido a lo pertinente del análisis que plantea para la lectura actual del país, es *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución Bolivariana* (2009), donde explica que la filiación de los venezolanos con Simón Bolívar, quien no en balde es considerado el Padre de la Patria, los condena al destino

anacrónico de construir y reconstruir la patria que aquel soñó y que se mantiene como una utopía en el imaginario nacional.

El libro, que fue finalista del Premio de Ensayo Debate-Casa de América, señala que como en la psique del país está afianzada la idea de que la Independencia fue el gran momento de la historia, pretérito e irrepitable, los venezolanos están condenados a una encrucijada melancólica en la cual la patria no progresará hasta que un heredero de Bolívar restituya la magnificencia perdida. Estos síntomas permiten a la psicóloga diagnosticar a la sociedad venezolana como un caso de lo que Sigmund Freud llamaba «duelo irresoluto». Analiza también cómo, capitalizando esta idea, la Revolución Bolivariana hace de la restauración de la vieja gloria su propuesta fundamental para el futuro.

Pero el ensayo de Torres no solo aborda la trascendencia del pasado mítico en el presente, sino que se refiere a la construcción imaginaria de este, estableciendo relaciones con otros mitos que sustentan la venezolanidad, como la del Padre de la Patria y la del «bravo pueblo», especie de grey de una religión nacional en la que el dios es Bolívar. Este es uno de los mayores obstáculos para el fortalecimiento de las instituciones en el país. Frente a esta mentalidad anclada en el pasado bélico, Torres enfatiza que la patria es una construcción social y que el fundamentalismo heroico en el imaginario venezolano va en detrimento de la fortaleza de sus instituciones democráticas, porque supone la primacía de las historias individuales, heroicas y momentáneas, sobre las colectivas, comunitarias y, por supuesto, duraderas.

Uno de los valores capitales del libro es demostrar que la Revolución Bolivariana, como discurso cultural, se fundamenta en valores cruciales para la identidad nacional, perfilada por la nostalgia de la Independencia. «El pensamiento bolivariano como filosofía política, como origen y destino de la patria es una suerte sellada. Un horizonte melancólico que nos obliga a dar testimonio del mártir de la independencia como el creyente de

su fe», escribe en *La herencia de la tribu* (p. 13). Como para los mismos venezolanos es difícil pensar a su país fuera de la imagen de Bolívar, un heredero (real o autoproclamado) de su gloria representaría sus valores. Entonces, también estaría llamado a dirigir los destinos de la patria.

Por su investigación de este mito de la identidad venezolana, por conocer la psique colectiva y por exponerla en sus novelas, pero principalmente por conocer bien el papel que tienen los intelectuales en las crisis de sus sociedades, Torres es una especialista crucial para la discusión sobre el perfil del venezolano contemporáneo.

—En *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999) dos personajes exploran la relación entre el caudillismo del siglo XIX y la guerrilla de izquierdas del XX. La novela es, en aspectos distintos al ensayo *La herencia de la tribu*, también una reconstrucción del perfil nacional del héroe relacionado con la ideología y las luchas de la izquierda en el país durante las décadas de los años sesenta y setenta. Vista la preeminencia del culto al héroe en el imaginario nacional, ¿qué papel desempeña la imagería del guerrillero en el discurso cultural de la nación?

—Hay una línea que empalma los alzamientos del siglo XIX con la guerrilla: el imaginario del héroe, del «alzo». Distinto a los movimientos del siglo XIX, el insurgente de las décadas de los años sesenta y setenta tuvo argumentos que estaban sólidamente basados en el marxismo y un pensamiento establecido. Pero la perspectiva en esta discusión no tiene que ver con la ideología, sino con que nuestro imaginario popular asume el alzamiento como una manera «de resolver la patria»¹, es decir, que no siente la necesidad de contar con instituciones ni contempla la reformulación del país de acuerdo con las instituciones que tiene o que necesita tener. El

¹ Las comillas son de Torres.

pensamiento de las revoluciones es simple: «Tomemos el poder directamente y luego se hará lo que haya que hacerse».

–Claro, pero me refería a la relación de esto con la cultura.

–El discurso cultural de la nación ha exaltado lo heroico y esto va más allá de discursos políticos específicos o de ideologías. De todas maneras, la guerrilla era un evento político importante, pero un grupo minoritario.

–Pero muchos de sus seguidores pertenecían a los sectores intelectuales.

–Sí, en su mayoría: la clase media ilustrada.

–¿Por eso fue que esas luchas marcaron tanto la literatura venezolana de las décadas de los años sesenta y setenta?

–Esto se inserta dentro de un contexto más amplio, que incluye el tremendo impacto de la Revolución cubana en Venezuela y los movimientos revolucionarios posteriores al Mayo francés. Era una época contestataria en general. La izquierda, dentro y fuera del país, siempre tuvo una gran presencia cultural.

–En una entrevista con Tal Levy (2010) dijo que el trayecto de la narrativa describe las transformaciones y los problemas de la sociedad venezolana a través del tiempo. Señaló también que la literatura no necesita vincularse a la sociedad, sino al contrario. ¿Qué dice la narrativa de las preocupaciones de los venezolanos en la actualidad?

–La literatura y la narrativa siempre han estado en contacto con el drama social. Lo puedes ver en la literatura del gomecismo o en aquella del perezjimenismo. En la novela *Si yo fuera Pedro Infante* de Eduardo Liendo, por ejemplo, un personaje tiene la fantasía de ser Ezequiel Zamora y recorre el país redimiendo a los pobres. Eso me llamó la atención cuando la leí en 1989 porque entonces se trataba de un prócer del que nadie se acordaba salvo en un texto escolar. A la luz de lo que ocurrió después en el país, podría parecer que Liendo era capaz de leer el futuro. Pero no

era así; más bien estaba percibiendo la nostalgia del héroe, como hace un escritor inmerso en el drama social del país.

–También se refería usted en la misma entrevista a que la sociedad no utiliza la literatura como ensayo de sus propios problemas.

–Los venezolanos no han leído con cuidado las señales que están en su literatura. Ahora más bien buscan los libros de historia, ensayos sociales o políticos, sin percatarse de que hay muchos cambios reflejados en los libros de ficción. La cuestión es que el lector quiera encontrarlos.

–¿Así ocurre en su propia narrativa?

–Uno no se propone esas cosas, pero a veces pasan. En mi novela *Vagas desapariciones* hay muchas claves políticas, pero no lo hice conscientemente; salían en la escritura. Por ejemplo: uno de los protagonistas, un muchacho que vive en un barrio, discute con un intelectual a quien los militares le producen fascinación. No sé por qué escribí eso, pero visto lo que pasa ahora, creo que tenía razón. *Los últimos espectadores del Acorazado Potemkin* es diferente, porque estaba pensando en el cierre de estos mitos de las guerrillas en América Latina. Pero, al parecer, no eran los últimos; quizá eran los penúltimos. Allí la clave es ambigua, porque yo estaba haciendo un relato de algo que pensé que habíamos dejado atrás. Pero creo que sí pudieras decir que existe una clave en la admiración del guerrillero por los hombres que vivieron las luchas del siglo XIX. Esto nos lleva a uno de los temas de las preguntas anteriores donde discutimos sobre si había vinculación entre la lucha marxista con el imaginario de la Independencia. Allí había una clave, pero yo no pensé en eso: era lo que el personaje tenía adentro.

–Parece una percepción generalizada hoy que la década de los años noventa fue dura para los intelectuales nacionales, especialmente para los escritores, porque era muy difícil publicar. ¿Cómo afectó esto al pensamiento de la época?

–Con respecto a la crisis editorial, creo que esta tiene que ver con la falta de editoriales independientes, porque aunque

había sellos alternativos (como Pequeña Venecia, Memorias de Altagracia, La Liebre Libre y Eclipsidra, por ejemplo), a muchos los subsidiaba el Estado. Pero en lo referente a la producción de pensamiento hay una escisión interesante. En las dos décadas anteriores, los setenta y los ochenta, cada quien estaba enfocado en escribir sus libros, pero en los noventa hubo un momento político que dividió a los intelectuales. Me refiero al 4 de febrero de 1992. Unos estaban en contra del golpe y otros lo apoyaban —con el cuidado que esas cosas siempre traen, claro. Pero no se hablaba entonces de derecha o izquierda, como se hace ahora—. Por ejemplo, Arturo Uslar Pietri, a quien creo que nadie puede tachar de ser izquierdista, fue proclive a destituir a Carlos Andrés Pérez, que era un presidente legítimo. Aquella situación produjo un gran desconcierto en una sociedad que tenía 40 años viviendo de una manera y un buen día amanece con un golpe.

—¿Cree que la Revolución Bolivariana reestructuró el perfil de los venezolanos?

—No tengo la convicción de que se haya reestructurado; en todo caso pudiera pensar que se han producido cambios en las expectativas sociales y políticas que apuntan hacia un mayor empoderamiento, por parte de los ciudadanos, y a una mayor conciencia acerca de la demanda de respuestas efectivas a los problemas, por parte de los líderes sociales y políticos.

—¿Qué mitos se mantienen en la psique del venezolano?

—Los mitos que actúan en la mentalidad social son formas del imaginario que tienen una vida transhistórica y no se modifican por los cambios políticos coyunturales. No quiero decir que sean eternos e inamovibles, pero sin duda requieren más tiempo que los cambios de gobierno. Sin embargo, yo destacaría cuatro mitos recurrentes en esta cultura. El primero es la creencia en un líder mesiánico, salvador y restaurador, que se convierta en el hombre providencial. Relacionado con este es el culto bolivariano y sus derivados, como son la admiración por los militares

asumidos como herederos de la gloria de Bolívar. El tercer mito es la creencia de que este país es por siempre inmensamente rico y que la resolución de los problemas pasa por repartir esa riqueza. Y, finalmente, la lectura de la historia como una permanente traición de las élites al pueblo.

—¿Cómo se resuelve la obsesión nacional por el héroe?

—No sé si se puede resolver; en todo caso se puede mitigar con un discurso civilista, institucional, que proponga que las sociedades necesitan transformaciones, pero desde sus posibilidades civiles, ciudadanas y políticas en el sentido literal de la palabra.

—Con relación al eterno refundar la república, ¿cree que la Revolución Bolivariana borró la llamada IV República y creó un nuevo imaginario?

—No creo que haya borrado el pasado democrático; el gobierno intenta hacerlo a través del lenguaje, manipulándolo. Si hubiera acabado con el pasado democrático del país, deberíamos concluir que no hay alternativa política al chavismo, pero sí la hay.

—¿Qué han hecho los intelectuales frente a la nostalgia del héroe y la vocación de refundar eternamente la república?

—Hemos escrito mucho, no solamente libros, y hemos tenido una presencia pública muy superior a la que pudimos tener en la década de los años ochenta o noventa. Cada quien ha expuesto su posición, sus ideas. De eso se trata. Pienso que ha habido una participación muy intensa.

—¿Qué es lo más incómodo de la autoimagen del venezolano?

—No veo que la autoimagen de los venezolanos sea un motivo de incomodidad. Ahora bien, pudiera añadir algunos comentarios sobre el tema de la autoimagen. Para hablar con propiedad del asunto serían necesarios estudios psicosociales recientes; los últimos de los que tengo conocimiento son de la década de los años noventa. La percepción que tengo es que el venezolano se autorrepresenta con valores altos en la afiliación: simpatía, dis-

posición a la celebración, solidaridad —de la que tengo algunas dudas—, gran valoración de la familia —que también habría que considerar—, hábil e ingenioso y optimista. Paralelamente, esta autoimagen esconde una fuerte desvalorización en cuanto a los logros personales y nacionales.

—¿Qué perfil nacional construyen estas ideas de nosotros mismos?

—Una sociedad altamente dependiente de sus gobernantes, y del poder en general, y descreída en cuanto a sus propias capacidades de emprendimiento.

—¿Cómo puede esto activarse alrededor de un sentido de pertenencia nacional?

—No es un imaginario que pueda activarse positivamente, pero afortunadamente hay otras condiciones en la sociedad venezolana que pueden apuntar en ese sentido. Un relato civilista de nuestra historia es necesario, de modo que la pertenencia y el orgullo nacional no tengan como única base la gesta independentista, sino la creación de una república liberal, y la construcción social que los ciudadanos han hecho y siguen haciendo. Una revalorización de los logros de Venezuela que, por una causa o por otra, siempre terminan siendo desestimados en beneficio de las glorias heroicas.

—¿Qué temas de la discusión cultural son urgentes?

—Los temas que se han introducido en los últimos tiempos son, en mi opinión, correctos; lo que es incorrecto es que se hayan planteado en forma excluyente: lo bueno y lo malo, lo que debe ser y lo que no. Partiendo de esas premisas, la discusión no conduce a consensos, y puede hacerse estéril o irrelevante, como creo que ha ocurrido. Puede incluso hacerse violenta, de lo que también hay ejemplos. Entre los más importantes, creo que se pueden definir cinco temas: lo endógeno *versus* lo importado, lo popular *versus* lo elitesco, el planteamiento étnico, la equidad social y la igualdad de género. En el primero, lo endógeno

versus lo importado, la discusión se abrió como una imposición en el discurso y en la práctica social de valorar las condiciones culturales nacionales propias sobre cualquiera otra considerada como alienante por ser extranjera. El discurso político, al mismo tiempo que revaloriza lo propio (con lo que puedo estar de acuerdo) sataniza lo importado, descolocando así la discusión en un momento particularmente globalizado como es el que vivimos. Por supuesto, toda esta disyuntiva se puso en la mesa con una finalidad política inaceptable por encima de un fin loable. Es bueno valorar lo propio, pero por debajo de esto hay un mensaje obvio: lo extranjero es lo que viene de Estados Unidos y es malo. Además de que ahora no siempre es fácil distinguir entre lo puramente autóctono y lo importado, y menos en una historia configurada con múltiples emigraciones.

—¿Y con respecto a lo popular y lo elitesco?

—Por suerte, la cultura (y la sociedad) es ancha y ajena, y dentro de ella los individuos pueden elegir sin que esas elecciones sean excluyentes. Si entendemos lo popular como lo que gusta a muchos y elitesco lo que apunta a las minorías, me parece evidente, por poner un ejemplo, que la misma persona puede disfrutar de un filme policial de alta audiencia y de uno de Andrei Tarkovsky. Ahora bien, si se trata de lo popular y lo elitesco como rasgos pertenecientes a distintas clases sociales, el énfasis en lo popular *versus* lo que gusta a las élites (entendiendo por ellas todo lo que huele a clase media), el planteamiento tiene de nuevo un fin político, como es el ataque a la clase media, sus gustos y sus aspiraciones.

—También se refirió al planteamiento étnico, la equidad social y la igualdad de género.

—El primero de esos temas es controvertido. La opinión general se ha basado en el consenso de que Venezuela es un país sin discriminación por motivos étnicos, afirmación que considero incierta. No hay ninguna sociedad en la que las diferencias (étni-

cas, culturales, lingüísticas, de género, de preferencia sexual, políticas, etc.) no sustenten conflictividades. No hay ninguna razón para que nosotros seamos la excepción. En ese sentido, abrir la discusión sobre las diferencias étnicas de la sociedad venezolana y proponer la valoración de los componentes históricamente discriminados o subvalorados, como son los afroamericanos y los indígenas, es un paso correcto, a mi entender. Lo que deja de serlo es utilizar el tema para atizar las luchas intersociales, y para proponer cuál componente es el que debe primar. Un ejemplo de cómo la valoración de lo indígena se desvirtúa fue el linchamiento de la estatua de Colón en la avenida del mismo nombre de la ciudad de Caracas².

—¿Y la igualdad social?

—Este es un planteamiento que sobrepasa la discusión cultural, aunque la incluye. Conuerdo con la idea de que la sociedad venezolana tiene que dar cuenta de las brechas de inequidad que sostiene. Este es un problema de todas las sociedades democráticas, y la solución no pasa por atacar a quienes están en el polo favorecido, sino por trabajar en función de ampliarlo hasta que toda la sociedad disfrute de unas condiciones de equidad que restauren las brechas inaceptables y tienda a la homogeneidad socioeconómica. Y con respecto a las discusiones sobre género y diversidad sexual, que fue el quinto tema que señalé antes, me parece que estos han recibido atención legislativa y mediática, pero siguen siendo asuntos pendientes en la discusión si queremos que Venezuela sea un país en el que se elimine la discriminación subterránea de la mujer, las formas de violencia de género, así como la debilidad legal de la diversidad sexual.

² Se refiere a un suceso acaecido el 12 de octubre de 2004, en el marco del Día de la raza, llamado también Día de la resistencia indígena, cuando un grupo de simpatizantes del presidente Chávez derribó la estatua de Cristóbal Colón que desde hacía medio siglo dominaba la avenida de Caracas que lleva ese mismo nombre. Los restos de bronce fueron luego arrastrados hasta el Teatro Teresa Carreño, donde el presidente pronunciaba un discurso.

—En cuanto a la literatura, ¿cuáles son más urgentes para resolver?

—Vivimos una situación bastante favorable: se publica un buen número de libros en diferentes géneros, escriben autores de distintas generaciones, de consagrados a noveles, y todo pareciera indicar que, aunque modestamente, las cifras de lectura han aumentado. Ahora bien, apartándonos de la situación presente, pudieran mencionarse algunos problemas crónicos de la literatura venezolana. El más importante, en mi criterio, es que el aparato editorial privado es muy precario. Son muy pocas las editoriales nacionales que sostienen publicaciones literarias, y las internacionales están sometidas a los vaivenes de sus políticas transnacionales. Por supuesto que la penuria editorial se relaciona directamente con la penuria de lectores, y en ese sentido correspondería al sector público mejorar los planes de lectura y la promoción del libro. No desconozco los esfuerzos que se han hecho desde el gobierno para incentivar la publicación de autores desconocidos para el gran público, así como de grandes tirajes, pero nada de eso es suficiente si no está acompañado de planes de promoción de la lectura.

—¿Qué medidas son necesarias para consolidar un aparato cultural institucional que represente un compromiso con las fórmulas de participación?

—Las medidas y las instituciones son un tema de políticas públicas en el que no tengo mayores conocimientos, de modo que solamente puedo mencionar algunas claves generales. Desde el Estado la mejor fórmula es la descentralización, para que se utilicen los recursos que los municipios y gobernaciones destinan a la construcción del aparato cultural tomando en cuenta las aspiraciones y necesidades de las comunidades, pero sin olvidar la necesidad de un Estado orientador, es decir, un Estado que incluya los diversos intereses y ámbitos culturales para apuntalar una visión incluyente, y desde luego una que no dependa del

gobernante de turno, ni de una ideología política. Es decir, que el aparato cultural sea construido con visión de Estado. Hay quienes piensan que en una sociedad democrática la mejor política cultural es no tener una política cultural, pero no comparto la opinión. Doy un ejemplo: la construcción y mantenimiento de bibliotecas públicas es un asunto con visión de Estado. Una comunidad en particular puede rechazar la idea de destinar recursos a ese fin, pero el Estado debe velar por la repartición diversa y la protección de las distintas áreas que pertenecen a la vida cultural de una sociedad. Eso no se puede hacer sin una medida general y compartida como es la definición de las áreas prioritarias, y eso requiere trazar políticas que tengan vocación de permanencia. De modo que defiendo la existencia de un Ministerio de la Cultura que piense en las políticas generales y mantenga un contacto bilateral con las agencias culturales de los municipios y gobernaciones, que a su vez deben ser conductoras de las aspiraciones de las comunidades.

—¿Qué otros temas considera vitales para mejorar la situación de los actores culturales?

—Por la misma vía de lo que venía explicando va el tema de los subsidios. No creo que creadores, promotores y realizadores deban arreglárselas por su cuenta. Esto se corresponde con la visión de que la cultura es un gasto superfluo que debe ser mantenido a raya. Una perspectiva equivocada y contraria a lo que ocurre en los países que han alcanzado niveles mayores de participación democrática. Las acciones culturales son también una inversión que puede ser muy rentable para la ciudad que las promueve. Cualquier acción cultural, así sea mínima, mueve la inversión privada y beneficia a personas que directamente no tienen nada que ver con la acción en sí. Luego está el tema no menos importante de los beneficios sociales de la acción cultural. En primer lugar es una herramienta privilegiada para la construcción de ciudadanía, y tiene efectos también sobre los problemas sociales.

Es conocido que en ciudades como Medellín la reducción de la violencia tuvo mucho que ver con las alcaldías, la creación de bibliotecas públicas, actividades de entretenimiento para jóvenes y, en general, el mejoramiento de la vida al introducir sedes culturales en áreas depauperadas. La discusión sobre los subsidios incluye, por supuesto, a las instituciones privadas. Entiendo que la experiencia de Brasil es muy significativa en cuanto a los beneficios fiscales que se otorgan a empresas que contribuyan con las acciones culturales y que esos beneficios son selectivos. Las empresas son libres de patrocinar lo que quieran, pero a más participación en áreas priorizadas por el Estado, mayor beneficio. Tema aparte son las industrias culturales y de entretenimiento que obedecen al emprendimiento privado y que no requieren medidas ni instituciones del Estado, aunque eventualmente exijan negociaciones sobre las condiciones jurídicas.

—¿Cree que la última década, caracterizada por la polarización política, dejará huella?

—Sí, claro. Esto ha sido traumático y produjo heridas y fracturas en el país, las familias y las personas. Por eso me sorprende la felicidad en la que parece vivir la gente cuando hay tantas personas muertas, cuando la violencia te hace pensar todo el tiempo que la próxima víctima del hampa puedes ser tú. Ahora, el hecho de que estos años dejen huella no significa que este proceso ha renovado nuestra visión de la política. Ojalá por lo menos el imaginario heroico se haya resentido un poquito. Pero a lo mejor son cosas mías: los mitos son distintos de la historia, van por dentro de la gente como corrientes subterráneas; cambiar de gobierno no es cambiar de mitos.

—¿Qué cree que han aprendido los venezolanos de los años de la Revolución Bolivariana?

—No sé cuál es la respuesta a esa pregunta... Pero puedo decir lo que deberíamos haber aprendido. En primer lugar, que la idea no es buscar un héroe ni un salvador, sino rehacer las instituciones; que no se trata de regalar la plata porque somos ricos,

sino de promover la productividad. Deberíamos haberlo aprendido, pero para saberlo tendremos que esperar un tiempo más. Es una cuestión de ser un optimista o un pesimista. El primero diría que sí, que ya estamos preparados, maduros; el pesimista, que somos igualitos. Prefiero mantenerme en el centro: no puedo saber si hemos aprendido la lección porque todavía no hemos presentado el examen. El país es un proyecto a largo plazo.